

Pablo Montoya:

“Romper la tradición desde adentro”



¿Cómo renovar y oxigenar esas viejas maneras de contar la violencia en Colombia? Es lo que como escritor siempre he seguido: me aferro a la tradición y trato de romper con ella”. La pregunta y la respuesta pertenecen al escritor colombiano Pablo Montoya (Barrancabermeja, 1963), quien nos habló de sus nuevos proyectos literarios y sobre novelas como *La sed del ojo* (2004), *Lejos de Roma* (2008) y *Tríptico de la infamia* (2014). “Lo que he querido hacer con esas novelas es actualizar las viejas preguntas del hombre frente al poder, frente a la muerte, frente al deseo, el sexo o la violencia y ponerlas de nuevo bajo el tapete, bajo ese recubrimiento de la relación arte-literatura. Decir cómo lo he hecho me resultaría grandilocuente, pero sí te podría dar esos preámbulos que te acabo de nombrar, esas inquietudes que me lanzan a escribir”.

El Premio Rómulo Gallegos del 2015 resultará el acontecimiento más importante de la literatura colombiana reciente. El prestigio que acompaña al extinto galardón fue el detonante para que la obra de Montoya cobrara la relevancia que no le había sido dada fuera de

* Escritor y periodista cultural, egresado del Programa de Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Miembro del Grupo de Investigación “Comunidades imaginadas latinoamericanas: perspectivas inter y multidisciplinares”, dirigido por Silvia Valero, y del Taller de Escritura Creativa “Cuento y Crónica”, de la red Relata, dirigido por David Lara Ramos. Recibió la Beca de Crítica Cultural del Ministerio de Cultura de Colombia (2020). Publica en la revista *La Lengua*, de Argentina, y dirige el podcast literario “Biblioteca Bizarra”.



De la serie "El lugar de la casa" (Lilia Miranda).

pequeños círculos y que posibilitará el reconocimiento por parte del amplio público de un autor que suma veinte libros publicados. *Tríptico de la infamia* (2014), novela ganadora del Premio Rómulo Gallegos, desató un fenómeno que continuará con el Premio José Donoso (2016) y el Premio de Narrativa José María Arguedas (Casa de las Américas, 2017).

Mucho antes de estos premios, un joven Pablo Montoya había desertado de la Facultad de Medicina, se hizo flautista callejero y habitante de París, donde se doctoró con una tesis sobre la música en la literatura de Alejo Carpentier. La obra de Montoya corresponde a un vaivén continuo por los derroteros del arte en la historia y la inagotable potencia estética que mana de abrazar los distintos géneros para la

construcción literaria y emplear a los artistas como personajes centrales de una poética que es, al mismo tiempo, revisión quirúrgica de la tradición y preciosa puesta en marcha de una voluptuosidad ulterior.

No son pocos los autores en lengua castellana que escriben sobre música. Tenemos en ese grupo, por ejemplo, a Alejo Carpentier y a Felisberto Hernández. Y a usted. ¿Cómo escribir sobre un personaje como Filomeno, que toca en la Europa de Vivaldi, o sobre un Mozart que se regodea con la banda de San Pelayo?

Ese Mozart en San Pelayo que yo escribí es un Mozart muy carpenteriano, sin duda alguna, porque Alejo Carpentier es uno de los escrito-



Pablo Montoya. Foto: Sofía de la Rosa.

res que más me influenció y al que le dediqué mucho tiempo de estudio, así como una lectura rigurosa que derivó en mi tesis de pregrado, otra de maestría y una de doctorado. Estuve mucho tiempo en función de Carpentier y de su relación con la música, sobre todo ese aspecto fue el que más me interesó, porque yo era músico entonces, y desde la música estaba pasando a la literatura, y hacerlo de la mano de esos escritores me parecía muy importante. Lo que hizo Carpentier con *Concierto Barroco*, con *Los pasos perdidos*, con tantos ensayos que escribió sobre música, fue poner en práctica lo que él mismo conocía, porque él mismo era músico. Fue pianista, leía partituras, era un hombre de una gran cultura musical, pero también estudió arquitectura y se retiró de todo para ser escritor. A Carpentier no hay que seguir reduciéndolo sólo al realismo maravilloso; Carpentier tiene una faceta musical y una prodigiosa e inagotable vinculación de la literatura con las artes. Es uno de los escritores que más me ayudó a buscar el camino hacia las artes. En cuanto a la necesidad de salirse

del mundo de García Márquez, lo hice por el camino del arte, y para eso fue fundamental Carpentier. Cuando comencé a escribir mis primeros cuentos musicales, hice un ejercicio, porque siempre he sido muy disciplinado y obsesivo con las tradiciones, y empecé a leer o a investigar de dónde provenían los cuentos musicales. Eso me remitió a los cuentistas del XIX, a los libretos de ópera del siglo XVIII, a los trovadores y troveros del XII, para caer en las tragedias griegas y rastrear a fondo de qué modos y en qué momentos la literatura se ha alimentado de la música.

Fue así como escribí mis primeros cuentos musicales de *La sinfónica*, que van a influir mucho en mi trabajo posterior, como ocurre con la novela *La escuela de música*, porque ésta cuenta el aprendizaje musical y literario de un chico, Pedro Cadavid, que comienza a escribir unos cuentos, y esos cuentos son los de *La sinfónica*. Hay aquí un intertexto con mis relatos iniciales. Entonces, sí, yo leí mucho a Carpentier, a Felisberto, pero también a

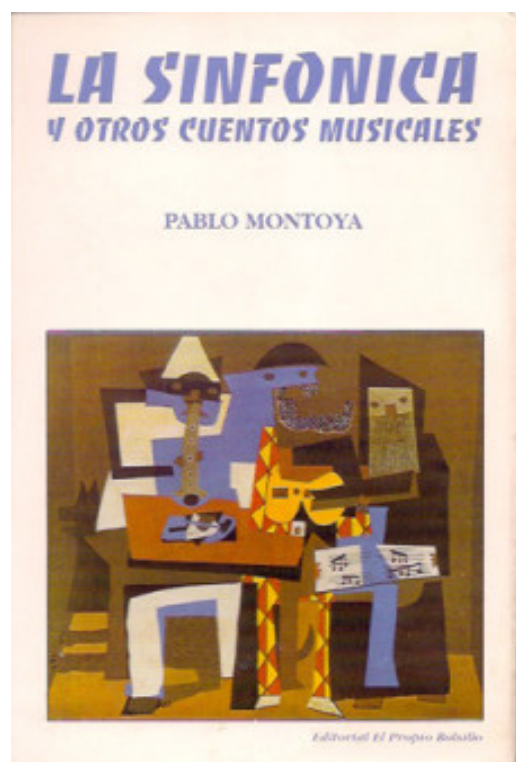
Cortázar, a Daniel Moyano, y luego me fui al siglo XIX, y leí a Balzac, leí a Hoffmann, que es el de los cuentos fantásticos. Lo musical en los románticos está muy asociado a lo fantástico, y en Felisberto podemos rastrar también el toque onírico-fantástico; en Cortázar ocurre lo mismo. La música tiene una relación muy fuerte con lo fantástico. Y, en ese sentido, todos terminamos hermanados. Incluso podría arriesgarse que escribimos cuentos un poco parecidos a los de García Márquez y a los del realismo mágico, pero simplemente es la faceta fantástica que hay en el lado humano.

No es arbitrario emparentarle con el escritor austriaco Stefan Zweig, a partir de un texto como “Estación Tolstoi”, publicado en El Malpensante –Zweig también relata en sus memorias una visita a la tumba del narrador ruso–. Pero no es este el único rasgo que comparten ambos, sino que también beben de la historia. ¿Es posible que continúe con esta veta histórica en su nuevo proyecto narrativo sobre la violencia en Medellín, que siga sirviéndose de personajes históricos?

Esta vez no voy a recurrir a personajes históricos. Pero sí me parece que la crudeza de la violencia puede manifestarse en la literatura no sólo a partir de lo real, sino que hay que agregar otros ingredientes. La violencia en Medellín da para volver grotesca esa realidad, porque es grotesca. La proliferación de los grupos armados en Medellín y cómo se unen para hacer la guerra es una cosa tan abigarrada que excede lo grotesco, y para narrarla pensaría en figuras casi obscenas. Pienso introducir eso que no existe en la literatura escrita en Medellín. Esa literatura es muy real y diríamos que es imposible que allá proliferen la ciencia ficción o la literatura fantástica. Allá impera lo real y lo estamos viendo desde Tomás Carrasquilla, pasando por Fernando Vallejo, hasta Héctor Abad Faciolince. Hay que estremecer esa

tradicción e introducir elementos grotescos, fantásticos y delirantes. El escritor más delirante de la literatura antioqueña es Fernando Vallejo. *La virgen de los sicarios* es su libro más delirante; los demás, no lo son tanto. Pero *La virgen de los sicarios* es un libro en el que uno dice que ese hombre está loco; el narrador, quiero decir. Y la realidad es loca. Hay una compaginación muy interesante entre el narrador loco, delirante, digámoslo así, y la realidad delirante de la violencia. Fernando Vallejo recurre al sarcasmo y a la ironía, donde es un maestro, y por supuesto, no acudiré ahí. Yo ahí me quemo. He acudido al sarcasmo y a la ironía, pero en el formato del cuento histórico, como en “Adiós a los próceres”, donde me burlo de lo que se han burlado Vallejo o Antonio Caballero, quienes somos escritores muy parecidos en ese sentido, porque demolemos la tradición patriótica. Ahí he manifestado mi humor y mi sarcasmo. El escritor tiene que cambiar en cada libro, pero los temas permanecen. Una de las formas para retratar la realidad violenta de Medellín es introducir lo grotesco, las coordenadas del arte, lo onírico, el inconsciente y la presencia de la noche, porque en Medellín estamos hasta aquí de la eterna primavera... ¿Siempre es de día en Medellín?

Si bien Tríptico de la infamia ha reunido a sus lectores, una parte fundamental de su obra viene por el camino de Los derrotados, y se extiende a través de su obra crítica y ensayística –pensamos en títulos como La novela histórica en Colombia: entre la pompa y el fracaso (2009)–, hasta llegar a los discursos de aceptación de los premios Rómulo Gallegos y José Donoso. Esta faceta reflexiva, casi por completo alejada del discurso ficcional, se ocupa de la historia de Colombia de una forma aguda y por momentos corrosiva. ¿Veremos exploradas estas agudezas ensayísticas en su próximo trabajo?



En este momento estoy con la preocupación sobre la novela de la violencia en Medellín, que es una labor eminentemente narrativa y novelística. Sin duda, habrá algunos fragmentos ensayísticos, como lo he hecho en casi todas las novelas, donde la reflexión ensayística entra y la escritura poética se deja palpar. Eso es parte de mi estilo y dar un viraje me parece que no es lo que necesitaría ahora. Y la parte ensayística, que estoy trabajando actualmente, es justo la que te referías con el texto de Tolstoi. Desde hace tiempo estoy con la idea de escribir unos ensayos sobre peregrinaciones literarias: la ida a la casa natal de Tolstoi, la ida al castillo de Aquitania de Michel de Montaigne, la visita a la tumba de Camus o la casa de Voltaire, en la frontera franco-suiza. Son crónicas-ensayos que me permiten narrar mis visitas a sitios que venero, que respeto, sería más preciso, y hacer una valoración de esa obra, ponerla a resonar en mi sensibilidad y en la sensibilidad de este momento. Estoy trabajando en un ensayo sobre Carpentier, que ya sabes que es uno de mis maestros, así que acudo a estas peregrinaciones bajo el radar de mi admiración por el escritor. O sea, no es que yo quiera escribir sobre cierto escritor, porque es muy importante ahora. Voy a escribir sobre los autores que me han formado, conmovido y que me interesan como escritor. Es una labor muy personal y de ahí que no vaya a escribir sobre los autores que le interesan a Colombia o a determinada generación.

Sin embargo, como no estoy escribiendo sobre cualquier aparecido, es posible adentrarse en la tradición literaria desde el núcleo mismo de su concepción inicial. Esos ensayos me significan mucho trabajo, porque es batallar con gigantes. El ensayo de Tolstoi es muy complicado, porque leer a Tolstoi no es leer una novelita, sino leer *Guerra y Paz*, *Ana Karenina*, *Los cosacos*, sus diarios... Hago un ejercicio no de releerlos completamente, pero sí de hacer una relectura en la que encuentro

cosas que no había visto antes. Por ejemplo: no leí todo Voltaire, porque es un escritor desmesurado, cuyos textos, en muchos casos, por fortuna, son ya ilegibles, porque los escritores se marchitan, y Voltaire sí que se ha marchitado. Pero hay unas obras de Voltaire que siguen resonando con mucha fuerza, y es a partir de esas obras que construyo la peregrinación literaria. Estoy metido en el centro de Medellín, en la caverna, pero salgo a respirar un poco con estas peregrinaciones.

¿Veremos a Pablo Montoya escribir alguna biografía, en el sentido más riguroso de la palabra?

Biografía no y tampoco autobiografía. No creo que tenga la capacidad o la confianza en mí mismo para hacer unas memorias, como hizo tanta gente. No sigo diarios, por ejemplo, ni me carteo con los grandes personajes de la historia. Yo carezco de esa faceta, lo cual hace que mi obra tenga unos derroteros más o menos claros. Lo que sí me gustaría mucho es hacer algo con ciertos artistas que me interesan. No sé si una o novela o una biografía novelada. Hay un personaje que me interesa muchísimo, El Bosco. La primera vez que vi al Bosco tuve un remesón, como los hemos tenido muchos, porque no sólo me pasa a mí, sino que estoy seguro que a ti y a muchos de los que llegamos a él por primera vez. Además, porque ese mundo del Bosco me dice muchas cosas: sus pesadillas y terrores, que son el mundo del inconsciente humano, tienen que ver mucho con las mías. Quizás sobre él haría algo que no sé si sea una biografía novelada, unas miradas de esos cuadros, ensayos sobre esas pinturas. En mi estudio tengo un “Jardín de las delicias” grande que compré en el Museo del Prado, y en la biblioteca, cada vez que lo miro, pienso qué haré con él, pero a veces me retiene el volumen de la obra que ha nacido a partir de la suya propia, a diferencia de lo que hice con *Tríptico*, que son artistas casi desconocidos.

Con Ovidio sí se ha metido mucho la gente, con Caldas menos, y entre esos diversos grados de exposición hay personajes que me atraen mucho. Pero una biografía dedicada a alguno de ellos, si me la pagaran muy bien, de pronto (risas).

Se suele decir que lo poco que resta de la crítica literaria es el rigor íntimo de ordenar la biblioteca, seleccionar lo que se desecha y dirimir lo poco que se adquiere. ¿Qué lee actualmente?

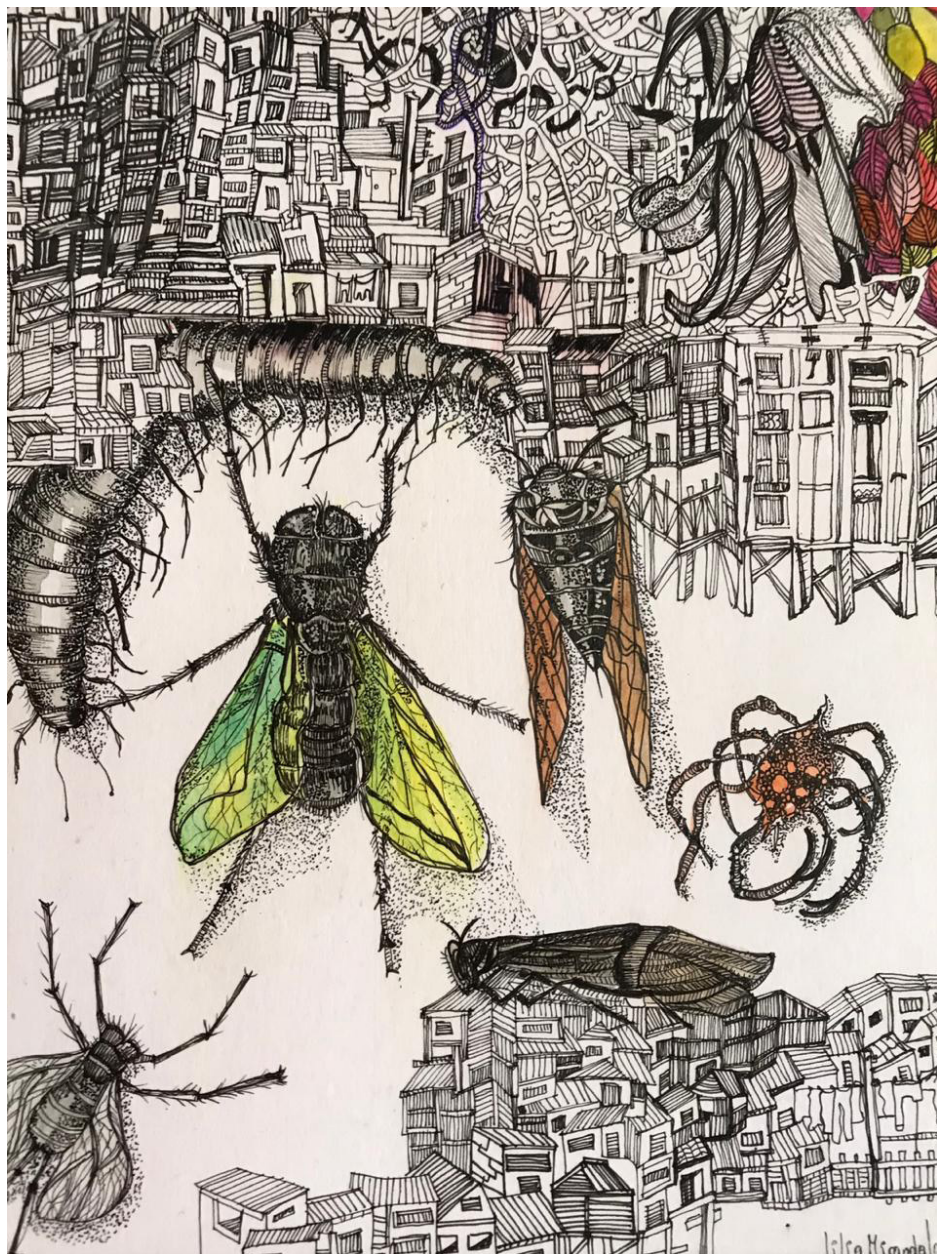
En español estoy leyendo sobre Medellín. He leído libros de historia, sociología, obras testimoniales, memorias de congresos académicos, tesis de doctorado sobre los sistemas punitivos en Medellín, informes de Amnistía Internacional...



Tumba de Lev Tólstoi en Yásnaia Poliana (Rusia).

Por supuesto, también novelas sobre Medellín, y todos son escritores antioqueños. Acabo de leer a Héctor Abad, también a Salazar, las crónicas de Ricardo Aricapa, a Gilmer Meza y Miguel Rivas. Estoy leyendo a los jóvenes, además, porque es el ejercicio que siempre hago para entrar en calor y darme cuenta de qué es lo que escriben mis contemporáneos. He vuelto a leer a Vallejo, evidentemente, algunos poemas de violencia y me he sumergido de nuevo en la violencia, pero la que atañe a Medellín y que se conecta con la colombiana y latinoamericana. Pero también, para impregnarme de lo extravagante, a los expresionistas. Estoy leyendo una novela de Elías Canetti, que se llama *Auto de fe*, y

tengo en la espera *El tambor de hojalata*, de Gunter Grass. Y quiero hacerle una pesquisa, por la cuestión onírica, a Mircea Cartarescu. Ya le pegué una hojeada y no me pareció, como hablábamos antes, el *rockstar* que quieren vender las editoriales. Quizás le haga otro intento para ver qué pasa. Estoy haciendo esas lecturas reales de Medellín, hiperreales, y esas literaturas extravagantes y grotescas de la literatura europea, porque lo latinoamericano en lo fantástico y lo grotesco, fuera de Felisberto, que no es grotesco, pero que es fantástico y loco, hay muy poco. En ese sentido, hay que indagar en los europeos. Quizás vuelva a Kafka en busca de la veta expresionista de *El proceso* y *El castillo*.



De la serie "El lugar de la casa" (Lilia Miranda).